

E. M. Forster

Una habitación con vistas

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A Room with a View*

Primera edición: 2005

Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Vista del Palazzo Vecchio de Florencia desde una de las ventanas del campanario de Giotto, 1900-10.

© Marka / Touring Club Italiano / AGE Fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Provost and Scholars of King's College, Cambridge, 1908, 1978

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2005

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-064-2

Depósito legal: M. 23.383-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Primera parte
- 13 1. La pensión Bertolini
- 30 2. En Santa Croce sin Baedeker
- 51 3. Música, violetas y la letra «E»
- 66 4. Cuarto capítulo
- 75 5. Posibilidades de una excursión agradable
- 92 6. Conducidos por italianos, el reverendo Arthur Beebe, el reverendo Cuthbert Eager, el señor Emerson, el señor George Emerson, la señorita Eleanor Lavish, la señorita Charlotte Bartlett y la señorita Lucy Honeychurch salen en coche para disfrutar de unas vistas
- 108 7. Regresan
- 125 Segunda parte
- 127 8. Medieval
- 147 9. Lucy como obra de arte
- 166 10. Cecil humorista
- 179 11. En el apartamento elegantemente amueblado de la señora Vyse
- 188 12. Capítulo duodécimo
- 202 13. De cómo la caldera de la señorita Bartlett ocasionó graves problemas

Índice

- 214 14. De cómo Lucy se enfrentó valerosamente a la situación exterior
- 223 15. El desastre interior
- 242 16. Mentiras a George
- 254 17. Mentiras a Cecil
- 263 18. Mentiras al señor Beebe, a la señora Honeychurch, a Freddy y a los criados
- 287 19. Mentiras al señor Emerson
- 309 20. El final de la Edad Media

E. M. Forster dedicó *Una habitación
con vistas* a H. O. M.

Primera parte

1. La pensión Bertolini

–Lo que ha hecho la *Signora* es inadmisibile –dijo la señorita Bartlett–; no tiene derecho. Nos prometió habitaciones con vistas, orientadas al sur, y juntas. Y en lugar de eso están orientadas al norte, muy separadas y dan a un patio. ¡Qué desastre, Lucy!

–¡Y una *cockney*, por añadidura! –dijo Lucy, aún más entristecida por el inesperado acento de la *Signora*–. Podríamos estar en Londres. –Contempló las dos hileras de ingleses que compartían la mesa con ellas; la fila de botellas de agua y de vino situadas entremedias; y los retratos de la difunta Reina y del Poeta Laureado, igualmente difunto, que, sólidamente enmarcados, colgaban detrás de los ingleses; y el aviso acerca de los oficios en la iglesia anglicana (Reverendo Cuthbert Eager, M. A. Oxford), que completaba la decoración de la pared–. ¿A ti también te parece, Charlotte, que podríamos estar en Londres? Me resulta difícil creer que ahí fuera

vayamos a encontrar cosas tan distintas. Imagino que es el cansancio.

–No hay duda, esta carne la han utilizado ya para sopa –dijo la señorita Bartlett, dejando el tenedor.

–Quería ver el Arno. Las habitaciones que la *Signora* prometió en su carta daban al Arno. No tiene derecho. ¡Es una vergüenza!

–Yo me conformo con cualquier rinconcito –continuó la señorita Bartlett–; pero me parece muy duro que carezca de vistas.

Lucy sintió que había sido egoísta.

–No me mimes, Charlotte: por supuesto que también tienes que ver el Arno. Lo digo en serio. La primera habitación que quede libre...

–Será para ti –dijo la señorita Bartlett, cuyos gastos de viaje los pagaba en parte la madre de Lucy, detalle de generosidad al que hacía muchas alusiones indirectas.

–No, no. Te corresponde a ti.

–Insisto. Tu madre nunca me lo perdonaría.

–No me lo perdonaría a mí.

Las voces de las dos damas se animaron y –si hemos de reconocer la triste verdad– se hicieron un poco malhumoradas. Estaban cansadas y, con el pretexto de mostrarse generosas, disputaban. Algunos de sus vecinos se miraron, y uno de ellos –una de las personas maleducadas que uno se tropieza en el extranjero– se inclinó sobre la mesa y tuvo la desfachatez de intervenir en la discusión.

–Mi habitación tiene vistas.

La señorita Bartlett se sobresaltó. Por lo general, cuando llegaban a una pensión la gente las examinaba duran-

te un día o dos antes de hablar, y con frecuencia sólo descubrirían que «daban la talla» cuando ya se habían ido. No le cupo la menor duda de que el entrometido era un mal educado antes incluso de mirarlo. Descubrió que se trataba de un anciano robusto, rubio, completamente afeitado y de ojos grandes. Había algo infantil en aquellos ojos, aunque no el infantilismo de la senilidad. La señorita Bartlett no se detuvo a considerar de qué se trataba exactamente, porque su mirada pasó a ocuparse de la ropa del desconocido, que no resultó de su agrado. Probablemente trataba de hacer amistad con ellas antes de que se incorporasen al círculo de los huéspedes de la pensión. De manera que puso cara de estar en las nubes y luego dijo:

–¿Vistas? ¡Ah, vistas! ¡Qué agradable es tener vistas!

–Éste es mi hijo –continuó el anciano–; se llama George. También tiene vistas.

–Ah –dijo la señorita Bartlett, conteniendo a Lucy, que se disponía a hablar.

–Lo que quiero decir –continuó el anciano– es que pueden quedarse con nuestras habitaciones y nosotros nos pasaremos a las suyas. Cambiaremos.

Los turistas de clase social más elevada se escandalizaron al oír aquello y se compadecieron de las recién llegadas. La señorita Bartlett, para responder, abrió la boca lo menos posible y dijo:

–Se lo agradecemos muchísimo, por supuesto; pero es del todo imposible.

–¿Por qué? –preguntó el anciano, los dos puños sobre la mesa.

–Porque es imposible, muchas gracias.

–Compréndalo, no nos gustaría... –empezó Lucy.

Su prima volvió a silenciarla.

–Pero, ¿por qué? –insistió el otro–. A las mujeres les gusta tener vistas; a los hombres, no. –Y golpeó la mesa con los puños como un niño mal educado, antes de volverse hacia su hijo para decirle–: George, ¡convéncelas!

–¡Es tan evidente que deberían quedarse con las habitaciones! –se lamentó el hijo–. No hay nada que añadir.

No miró a las damas al hablar, pero su voz manifestaba perplejidad y pesar. También Lucy se sentía perpleja; pero se dio cuenta de que se les venía encima lo que se conoce como «toda una escena», y tuvo la extraña sensación de que cada vez que aquellos turistas tan mal educados hablaban, la confrontación se ampliaba y profundizaba hasta que lo que estaba en juego no eran habitaciones y vistas, sino algo..., algo completamente distinto, en cuya existencia no había reparado antes. A continuación el anciano atacó a la señorita Bartlett casi con violencia: ¿Por qué no se cambiaba? ¿Qué objeción podía tener? Las dejarían vacías en media hora.

La señorita Bartlett, aunque ducha en las sutilezas de la conversación, se hallaba indefensa ante la brutalidad. Era imposible desairar a alguien tan grosero. La contrariedad la hizo enrojecer. Miró a su alrededor como para decir, «¿Son así todos ustedes?» y dos viejecitas, situadas a cierta distancia, con chales colgados del respaldo de las sillas, le devolvieron la mirada, para indicar con claridad, «No; nosotras somos personas refinadas».

–Haz el favor de comer, cariño –le dijo a Lucy la señorita Bartlett, al tiempo que ella misma daba vueltas de nuevo a la carne que antes había censurado.

Lucy murmuró que eran muy extraños los dos caballeros sentados enfrente.

—Hazme el favor de comer, cariño. Esta pensión es un desastre. Mañana nos cambiamos.

Apenas hecho el anuncio de tan drástica decisión, la señorita Bartlett tuvo que revocarla. Al abrirse, las cortinas al fondo del comedor revelaron la presencia de un clérigo, robusto pero atractivo, que se adelantó para ocupar un sitio en la mesa, disculpándose alegremente por su tardanza. Lucy, que no había progresado mucho aún en materia de decoro, se puso en pie al instante, al tiempo que exclamaba:

—¡Pero si es el señor Beebe! ¡Qué maravilla! ¡Charlotte, por favor, tenemos que quedarnos, por malas que sean las habitaciones!

La señorita Bartlett dijo, con más compostura:

—¿Qué tal, señor Beebe? Imagino que se habrá olvidado de nosotras: somos las señoritas Honeychurch y Bartlett; estábamos en Tunbridge Wells cuando ayudó usted al vicario de St. Peter aquel día de Pascua que hizo tanto frío.

El clérigo, que tenía aspecto de estar de vacaciones, no recordaba a las damas con tanta claridad como ellas lo recordaban a él. Pero se adelantó con gesto suficientemente amable y aceptó la silla que Lucy le ofrecía.

—¡Cuánto me alegro! —dijo la joven, que se hallaba en un estado de hambre espiritual y se habría alegrado incluso de ver al camarero si su prima se lo hubiera permitido—. Fíjese qué pequeño es el mundo. Summer Street, además, hace que sea especialmente divertido.

—La señorita Honeychurch vive en la parroquia de Summer Street —dijo la señorita Bartlett, dispuesta a dar

explicaciones— y me decía, no hace mucho, que acaba usted de aceptar el beneficio...

—Sí —intervino Lucy—, lo supe la semana pasada por mi madre, que no estaba al tanto de que lo conocía de Tunbridge Wells; pero le contesté de inmediato y le dije: «El señor Beebe es...».

—Tiene usted toda la razón —respondió el clérigo—. Me trasladaré en junio a la rectoría de Summer Street. Es una suerte que me hayan asignado una parroquia tan encantadora.

—¡Cuánto me alegro! Nuestra casa se llama Windy Corner.

El señor Beebe hizo una inclinación de cabeza.

—Por regla general mi madre y yo estamos allí, y mi hermano, aunque no conseguimos que vaya con mucha frecuencia a..., quiero decir que la iglesia queda más bien apartada.

—Lucy, cariño, deja cenar al señor Beebe.

—Lo estoy haciendo, gracias, y disfrutando con la comida.

El señor Beebe prefería hablar con Lucy —de quien recordaba una interpretación al piano—, que con la señorita Bartlett, que probablemente recordaba sus sermones. Le preguntó a la joven si conocía bien Florencia, y se le informó con cierta extensión de que nunca había estado allí. Es estupendo aconsejar a un recién llegado, y él era el primero en descender a la palestra.

—No descuiden la campiña circundante —fue el colofón de sus consejos—. La primera tarde que haga buen tiempo consigan que las lleven a Fiesole, para dar la vuelta por Settignano o algo parecido.

—¡No! —exclamó una voz desde la cabecera de la mesa—. Señor Beebe, se equivoca. En la primera tarde con buen tiempo deben ir a Prato.

—Esa señora parece muy inteligente —susurró la señorita Bartlett a su prima—. Estamos de suerte.

Y, en efecto, un verdadero torrente de información se derramó sobre ellas. La gente les dijo lo que tenían que ver, cómo verlo, cómo conseguir que parasen los tranvías eléctricos, cómo librarse de los mendigos, cuánto pagar por una carpeta de cuero, hasta qué punto llegarían a enamorarse de Florencia. La pensión Bertolini había decidido, casi con entusiasmo, que daban la talla. Dondequiera que miraban sólo veían señoras amables que les sonreían y aconsejaban a gritos. Y por encima de todas las voces se alzó la de la señora inteligente, que exclamaba:

—¡Prato! Deben ir a Prato. Es un lugar tan dulcemente miserable que no hay palabras para expresarlo. Me encanta; como saben ustedes, nada me gusta tanto como sacudirme las ataduras de la respetabilidad.

El joven llamado George lanzó una mirada a la señora inteligente y luego volvió a ocuparse de su plato con aire taciturno. Era evidente que ni él ni su padre daban la talla. Lucy, aun envuelta en el éxito, encontró tiempo para desear lo contrario. No le producía ningún placer especial que se dejara a alguien al margen; y cuando se levantó para marcharse, se volvió y obsequió a los dos excluidos con una leve inclinación de cabeza, un tanto nerviosa.

El padre no la vio; el hijo se dio por enterado, aunque no respondió con otra inclinación: alzó las cejas y sonrió; y pareció que sonreía más allá de algo.

Lucy se apresuró a seguir a su prima, que ya había desaparecido al otro lado de las cortinas, cortinas que le golpeaban a uno en la cara, y parecían tener un peso que no era sólo de la tela. Del otro lado se hallaba la *Signora*, aquella persona tan poco formal, que daba las buenas noches a sus huéspedes con inclinaciones de cabeza, y el apoyo de Henry, su hijo pequeño, y de Victoria, su hija. Resultaba una escena curiosa aquel intento, por parte de una *cockney*, de transmitir la gracia y la simpatía del Sur. Y todavía era más curiosa la sala, que se proponía rivalizar con la comodidad y solidez de una casa de huéspedes de Bloomsbury. ¿Estaban realmente en Italia?

La señorita Bartlett se había sentado ya en un sillón de durísimo relleno, con el color y las curvas de un tomate. Conversaba con el señor Beebe y, mientras hablaba, su cabeza, larga y estrecha, se movía hacia delante y hacia atrás con lentitud, de manera regular, como si estuviera derribando algún obstáculo invisible.

–Le estamos muy agradecidas –decía–. La primera velada significa muchísimo. Cuando ha llegado usted nos enfrentábamos a un *quart d'heure* particularmente *mauvais*.

El señor Beebe manifestó su consternación.

–¿Sabe usted, por casualidad, cómo se llama un anciano sentado frente a nosotras durante la cena?

–Emerson.

–¿Es amigo suyo?

–Mantenemos una relación amistosa..., como es normal en las pensiones.

–En ese caso no diré nada más.

El señor Beebe la presionó muy ligeramente y la señorita Bartlett se sinceró.

–Soy, por así decirlo –concluyó–, la acompañante de Lucy, mi joven prima, y sería imperdonable que la pusiera en un compromiso con personas de las que nada sabemos. Sus modales han sido un tanto desafortunados. Espero haberme comportado de manera correcta.

–Ha actuado usted con toda naturalidad –dijo él. Quedó unos instantes pensativo y luego añadió–: De todos modos, no creo que hubiera pasado nada malo por aceptar.

–Nada malo, por supuesto. Pero no podíamos comprometernos.

–Es una persona más bien peculiar. –El señor Beebe vaciló de nuevo, y luego dijo amablemente–: Creo que no se aprovecharía de la situación, ni esperaría ninguna muestra de gratitud. Es alguien que tiene el mérito, si eso es un mérito, de decir exactamente lo que piensa. Dispone de habitaciones que no valora y piensa que ustedes sí lo harían. Ha pensado tan poco en ponerlas en un compromiso como en mostrarse cortés. Es muy difícil, al menos yo lo encuentro difícil, entender a personas que dicen la verdad.

Lucy se sintió complacida y dijo:

–Tenía la esperanza de que fuera buena persona; siempre espero que la gente sea buena.

–Creo que lo es; bueno y agotador. Estoy en desacuerdo con él en casi todas las cosas importantes. Por ello imagino o, por decirlo mejor, espero que a ustedes les suceda lo mismo. Pero aunque sea fácil no estar de acuerdo con sus opiniones, eso no implica que haya que desaprobárselo como persona. Cuando apareció por aquí consiguió, como era previsible, irritar a todo el mundo. Carece de tacto y de modales; no quiero decir que sea maledu-

cado, pero tampoco se reserva sus opiniones. Casi nos quejamos de él a nuestra deprimente *Signora*, pero me alegra decir que nos lo pensamos mejor.

—¿Debo concluir —preguntó la señorita Bartlett— que es socialista?

El señor Beebe aceptó la palabra como adecuada, aunque no sin un ligero temblor de labios.

—¿Y hay que suponer que ha educado a su hijo en ese mismo credo?

—Apenas conozco a George, porque todavía no ha aprendido a expresarse. Parece un buen chico y lo creo inteligente. Ha adoptado, por supuesto, todas las peculiaridades de su padre, y es muy posible que también sea socialista.

—Me quita usted un peso de encima —dijo la señorita Bartlett—. ¿De manera que, según usted, debería haber aceptado su ofrecimiento? ¿Considera que he sido mezquina y suspicaz?

—En absoluto —respondió el clérigo—; en ningún momento he querido decir eso.

—Pero ¿no debería disculparme, en cualquier caso, por mi aparente grosería?

El señor Beebe, algo irritado, replicó que no sería en absoluto necesario, y procedió a levantarse del asiento para dirigirse a la sala de fumadores.

—¿Me he puesto muy pesada? —preguntó la señorita Bartlett tan pronto como desapareció—. ¿Por qué no has dicho nada, Lucy? Estoy segura de que prefiere a los jóvenes. Espero no haberlo monopolizado. Confiaba en que disfrutaras de su compañía toda la velada, además de durante la cena.

–Es simpático –exclamó Lucy–. Tal como lo recordaba. Parece que ve cosas buenas en todo el mundo. Nadie lo tomaría por clérigo.

–Mi querida Lucia...

–Bueno, ya entiendes lo que quiero decir. Y sabes cómo se ríen los clérigos de ordinario; el señor Beebe se ríe como cualquier otra persona.

–¡Qué chica tan peculiar! Cómo me recuerdas a tu madre. Me pregunto si le parecerá bien el señor Beebe.

–Estoy segura de que sí; igual que a Freddy.

–Creo que en Windy Corner le parecerá bien a todos; es el mundo moderno. Yo pertenezco a Tunbridge Wells, donde todos estamos imposiblemente atrasados.

–Sí –dijo Lucy con abatimiento.

Había un atisbo de desaprobación en el aire, pero no estaba en condiciones de afirmar si la destinataria era ella, el señor Beebe, el mundo moderno de Windy Corner, o el cerrado de Tunbridge Wells. Intentó localizarlo, pero, como de costumbre, se equivocó. La señorita Bartlett negó de inmediato que desaprobara a nadie, y añadió:

–Temo que te resulto una compañera muy deprimente.

Y la joven pensó de nuevo. «Debo de haberme mostrado egoísta o poco amable; he de tener más cuidado. Para Charlotte es terrible ser pobre.»

Por fortuna una de las ancianas, que llevaba ya algún tiempo sonriendo bondadosamente, se acercó para preguntar si se le permitía sentarse donde había estado el señor Beebe. Concedido el permiso, empezó a hablar amablemente sobre Italia, sobre la audacia que había supuesto semejante viaje, sobre el éxito de aquel gesto de

audacia, sobre cómo había mejorado la salud de su hermana y sobre la necesidad de cerrar las ventanas del dormitorio por la noche y de vaciar las botellas de agua por la mañana. Presentaba los temas de manera agradable, y resultaban, quizá, más dignos de atención que el altisonante discurso sobre güelfos y gibelinos que se desarrollaba de manera tempestuosa en el otro extremo de la sala. Era una auténtica catástrofe, y no una simple anécdota, lo que le había sucedido una noche en Venecia, cuando encontró en su dormitorio algo que era peor que una pulga, aunque mejor que otras cosas.

—Pero aquí están ustedes tan seguras como en Inglaterra; la *Signora* Bertolini es tan inglesa como la que más.

—Sin embargo nuestras habitaciones huelen —se lamentó la pobre Lucy—. Nos da miedo acostarnos.

—Ah, eso quiere decir que dan al patio —suspiró—. ¡Si el señor Emerson tuviera más tacto! Sentimos mucho lo que les ha pasado durante la cena.

—Creo que trataba de mostrarse amable.

—Sin la menor duda —dijo la señorita Bartlett—. El señor Beebe acaba de reprenderme por mi actitud suspicaz. Por supuesto, me he mostrado tan reservada porque pensaba en mi prima.

—Claro está —respondió la anciana; y las dos murmuraron que nunca se podía tener demasiado cuidado tratándose de una joven.

Lucy trató de parecer recatada, pero no pudo por menos de sentirse una perfecta estúpida. Nadie cuidaba de ella en casa; o, al menos, nunca lo había notado.

—En cuanto al señor Emerson, no sé qué decir. Es cierto que carece de tacto; sin embargo, ¿no se han fijado

nunca en que hay personas que hacen las cosas menos delicadas y al mismo tiempo... más hermosas?

–¿Hermosas? –dijo la señorita Bartlett, desconcertada ante aquella palabra–. ¿No son lo mismo belleza y delicadeza?

–Eso pensaría cualquiera –dijo la otra señora con un gesto de impotencia–. Pero las cosas son muy difíciles, al menos eso es lo que pienso a veces.

No siguió adelante con aquella línea de pensamiento, porque el señor Beebe reapareció, con expresión extraordinariamente complacida.

–Señorita Bartlett –exclamó–, no hay ningún problema con las habitaciones. No sabe lo que me alegro. El señor Emerson estaba hablando del tema en el salón de fumadores y, dado lo que ya sabía, le he animado a repetir su ofrecimiento. Me ha rogado que venga y se lo pregunte. Le proporcionarían ustedes una gran satisfacción.

–Charlotte, por favor –le suplicó Lucy a su prima–, tenemos que aceptar. Ese anciano es todo lo amable y bienintencionado que se puede ser.

La señorita Bartlett guardaba silencio.

–Me temo –dijo el señor Beebe, después de una pausa– que he pecado de oficioso. Pido disculpas por mi intromisión.

Sumamente disgustado, se dio la vuelta para marcharse. Sólo entonces respondió la señorita Bartlett:

–Mis deseos, queridísima Lucy, carecen de importancia comparados con los tuyos. Sería muy duro que te impidiera hacer lo que desees en Florencia, si se tiene en cuenta que estoy aquí únicamente gracias a tu amabilidad. Si quieres que saque a esos caballeros de sus habita-